



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

Título original: AL ESTE DE HAITÍ

© 2016, César Sánchez Beras

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-398-5

Registro industrial: 58-347

Impreso por:

Impreso en República Dominicana

Primera edición: junio de 2016

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Ruth Herrera

Ilustración de cubierta: [www.istockphoto.com](http://www.istockphoto.com)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

# Al Este de Haití

César Sánchez Beras

loqueleg



*A Jacques Viau Renaud<sup>1</sup> y Ramón Marrero Aristy,  
por defender la vida, y a André Phipps, por cuidar  
a mi madre mientras mis abuelos trabajaban.*

<sup>1</sup> Poeta haitiano que luchó en la Revolución de abril de 1965, junto a las fuerzas —militares y civiles— constitucionalistas. Murió en Santo Domingo a los 23 años de edad, abatido en la contienda.



*Al Este de Haití es una historia contada a cuatro manos,  
las mías y las de Ruth Herrera, editora, curadora y amiga.  
Por el privilegio de compartir este viaje y darle forma  
al mundo de los Morisseau; mi gratitud por siempre.*



## El viejo Jean Morisseau

El viejo Jean Morisseau recién cumplió setenta años y aún trabaja la tierra como si fuera un muchacho. Sus brazos son muy delgados, pero todavía parecen ramas de ceiba. Aunque luce demacrado, los músculos de su pecho dan la impresión de que en un tiempo pasado fue un gran atleta. Tiene un andar circunspecto aunque rítmico. Casi no mira la tierra cuando camina. Siempre va como una espiga, guarecido bajo un sombrero de cana del cual pocas veces se despoja. Allá, en el fondo de la cara, sus grandes ojos redondos destacan sobre los labios finos, que al abrirse muestran una dentadura pareja y reluciente. Atisba el horizonte como si esperara una señal de la naturaleza. Los vecinos se acostumbraron a esa figura escurridiza entre las sombras, que a veces deambula por las callejuelas estrechas del viejo pueblo haitiano de Miragoâne.

En la muñeca derecha lleva un brazalete de cuero tejido, adornado con una efigie borrosa de alguna divinidad indistinguible. En el otro brazo, entre el codo y la muñeca, porta un tatuaje con tinta roja y azul. Alguien intentó

dibujarle la bandera nacional, pero no le salió bien; por eso, quizás, el viejo Jean casi nunca lo muestra. Debajo hay una frase con letras parejas que dice: *L' union fait la force.*<sup>2</sup>

10 Acaba de regresar de la pequeña granja donde agotó su turno del día. Hace mucho tiempo que no tiene un trabajo fijo. Si llega temprano a la plaza puede ser que consiga un encargo de ocasión cargando de mercancías los camiones que salen hacia la capital. Otras veces se emplea como un simple ayudante de albañilería rústica en las construcciones que se levantan en las afueras de Miragoâne, por donde el pueblo colinda con Petionville.

Si está de suerte, consigue ocuparse como jardinero en una de las casas de los ricos, cerca del pueblo, o como guía de los pocos extranjeros que se acercan a conocer la parte rural de Haití. Hacer de guía es lo que más disfruta porque le gusta pasear a los visitantes por los callejones y sitios de su infancia. Entonces les dice a los visitantes con orgullo:

—En esa plaza, Toussaint vengó la afrenta de los franceses que pusieron en duda su autoridad de líder de la independencia... Ahí está el mercado nuevo de Les Cayes, antes fue un mercado para la trata de los esclavos que traían los europeos en barcos negreros... Aquí —se appena al decirlo—, vendieron a mis ancestros traídos del norte de Nigeria, ahora es un mercado de artesanías. Este caserón es lo que queda del gran Hotel La Boheme, donde llegaron a presentarse los mejores artistas de Europa.

<sup>2</sup>La unión hace la fuerza.

Con más tiempo, y si no le molesta tanto el dolor en los huesos, conduce a los turistas por el barrio antiguo para conocer el taller de su amigo Gadel, el mejor tallador de madera del país.

El viejo Jean se quita el sombrero que lo protege del sol inclemente. El calor del día no le ha dado un minuto de tregua. Levanta la mirada y examina las nubes pasajeras que tachonan el cielo. Sabe que no lloverá, pero igual tiene la esperanza de que caiga un pequeño aguacero. El polvo levantado por los automóviles al pasar espesa el sudor que la tarde ha depositado en su cara. Entrecierra los ojos, como si no existiera, y se sumerge en la etapa de su vida cuando tenía la misma edad de su nieto Christopher. Durante breves instantes, por las enredaderas de los recuerdos, trepa a su memoria el olor de las guayabas maduras amontonadas en el cesto de mimbre sobre la mesa de la cocina.

La infancia flota alrededor de su cabeza como burbujas de jabón. Mira hacia su niñez y siente una fina llovizna que pretende estropearle la tarde feliz dedicada a jugar fútbol. Un botón de jazmín, recién despuntando, aromatiza el sendero de regreso a la casa. Sí, la memoria tiene el poder de revivirlo todo, de darle vuelta en sentido contrario a la rueda del tiempo para que nada quede en el pasado.

Pasa un carro frente al bohío y deposita en la cara vagamente complacida del anciano otra capa de polvo. El viejo Jean retorna entonces de los andares por su infancia. Lo hace de golpe, como sacudido por un manotazo

inesperado, con el peso de tantos recuerdos apretujados en su cabeza. Se quita los lentes de gruesos cristales. Parece más joven así. Sus pómulos marcados y la frente huidiza le hacen parecer de una estirpe guerrera. Limpia mecánicamente los espejuelos y del mismo modo vuelve a ponérselos sin gran esfuerzo. Los dos surcos encima de las orejas hacen deslizar las patas hasta el lugar justo. Aunque los ha limpiado, sigue mirando por encima de los redondos cristales, es por costumbre.

12 A lo lejos, una hilera de casuchas apiñadas se extiende hasta el pueblo de Petionville, igual de pobre pero mucho más grande que Miragoâne. Desde esa distancia son casi imperceptibles. El viejo Jean las mira sin verlas. Lo que sus ojos sin brillo buscan es la silueta de un hombre joven y robusto, pelado al rape, vestido con pantalón caqui y tenis deportivos. Sus ojos interrogan a la lejanía en busca de ese hombre fuerte y alto, cuya silueta evoca la de los antiguos guerreros *yorubas*<sup>3</sup>, habitantes de la región norte de Nigeria. Quizás ese hombre aparezca con otra ropa, cambiado el pelo, la cara más ancha o los rasgos más afilados, pero él lo retiene en su memoria tal como lo vio por última vez hace diez años. No importa la apariencia que traiga, su corazón de padre le avisará sin equívocos cuando haga su entrada a Miragoâne su hijo, Claude Morisseau.

<sup>3</sup>Conjunto de creencias y deidades procedente de África, específicamente de Nigeria y Benín, de las que se derivan cultos como la santería en Cuba y el candomblé en Brasil. Se fundan en la combinación (o sincretismo) de las creencias africanas y la religión católica.